

CAPÍTULO LXXXVI

LAS COSTUMBRES

I. — REVOLUCIÓN ECONÓMICA PRODUCIDA POR LA CONQUISTA DEL MUNDO.—ÉPOCA DEL MAYOR LUJO ROMANO.

Acabamos de ver que, considerado en su conjunto, aquel inmenso imperio de Roma tenía muchas causas de prosperidad: el respeto en la familia, la disciplina en la ciudad, el trabajo y una riqueza relativa en las provincias; en fin, en el siglo segundo, príncipes prudentes en el gobierno y una hábil administración que neutralizaba momentáneamente los desastrosos efectos del poder absoluto.

Pero estas bellas apariencias ¿no ocultaban un mal funesto ó repugnante? ¿No estaba minada esta grandeza por un lujo insensato que destruía las riquezas privadas y por una perversión moral que enervaba las almas?

Roma ejercía en ellas una especie de fascinación que alteraba las proporciones de hombres y cosas. Tito Livio y Corneille hicieron sobrado grandes á los héroes de los antiguos tiempos; nosotros obramos como ellos, pero en sentido inverso, poniendo muy bajo á los romanos del imperio. La culpa era de aquella retórica de las escuelas, que había tomado por texto habitual de sus declamaciones el mérito de la pobreza (1) y los peligros de la riqueza, las virtudes que asegura la una y los vicios que da la otra; lugares comunes que por desgracia nuestra se apropió Rousseau y el pueblo repite.

En primer lugar, no hay vicio ni virtud necesariamente ligadas á la riqueza ni á la pobreza, porque si la miseria y la prosperidad suelen ser malas consejeras, hombres hay que poseen la riqueza y no están poseídos por ella, como hay otros cuya pobre morada no abrigó nunca un mal pensamiento. En segundo lugar las costumbres de la antigua Roma eran forzosamente las de la pobreza y por una transformación inevitable las nuevas costumbres del imperio fueron las de la riqueza ó bienestar. Finalmente, dejando aparte algunas excepciones, aquel lujo no era más extravagante que el nuestro, ni aquellas fortunas mayores que las que entre nosotros valieron á sus dichosos dueños títulos y honores.

Trátase en el presente estudio, no de una tesis filosófica, sino de una cuestión de economía social. Se busca la verdad y las consecuencias políticas de los hechos reducidos de sus proporciones legendarias á su importancia real. Cuando se haya probado que el lujo de los romanos estaba confinado en algunas ciudades y sus riquezas en algunas familias, aun en cierta época, se verá uno inducido á creer que no arruinaron el imperio locuras á que eran extraños cien millones de hombres.

Cuando los compañeros de Rómulo traían en triunfo al recinto del Palatino las gavillas segadas en el suelo enemigo, no tenían columnas de pórfido para sostener sus viviendas, ni telas preciosas para embellecer á sus rudas esposas, ni regalados manjares para satisfacer su apetito. Habitaban cabañas de ramaje ó de barro, vivían de su campo y de su

(1) Es la nota que domina en toda la literatura latina, desde Lucilio hasta Apuleyo en su *Apología*. V. la ridícula carta 90 de Séneca contra las artes mecánicas.

ganado, compraban herramientas por algunos ases obtenidos del producto de la viña ó del prado y la mujer tejía la túnica y la toga. ¿Valían más que sus descendientes? Por las virtudes cívicas y militares, á buen seguro que sí, porque eran soldados y ciudadanos, y los romanos del imperio no eran ya ni lo uno ni lo otro; pero por las virtudes privadas ¿quién puede afirmar que en las condiciones modestas la moralidad no era ya la misma?

Los censores creyeron necesarias á la república las antiguas costumbres, y lo habrían sido, si Roma hubiera continuado siendo una ciudad de labradores, en vez de haberse hecho la capital del mundo. Proscribieron el lujo naciente del vestido y de la mesa, los atavíos de las mujeres, los adornos de oro, ciertos manjares y hasta el cebar pollos y otras aves para la mesa, cosa que les pareció un peligro público. En tiempo de Tiberio aun, quisieron los ediles poner en vigor los edictos fijando el precio que era permitido poner á cada manjar y el número de manjares para cada comida.

A esta nueva hubo gran conmoción en la ciudad. «Temíase, dice Tácito, que el príncipe en su austera economía no tuviera la tentación de llevar á Roma á la antigua y sana frugalidad.» Con su prudencia habitual, hubo de burlarse Tiberio del celo espartano de los ediles: hízoles ver que Roma tenía necesidad de provincias para vivir; que destruir las relaciones establecidas sería trastornar el Estado; en fin, que era peligroso hacer leyes que tan pronto se olvidan ó desprecian.

En efecto, el comercio de los romanos se había extendido con sus conquistas: habían sabido muy pronto dónde se encontraban los más preciosos mármoles, las maderas más estimadas, los tejidos más bellos, los alimentos más exquisitos, y habiéndoles entregado la victoria los tesoros acumulados durante siglos por reyes y pueblos, se encontraron ricos de repente, como lo fueron los españoles después de la conquista del Perú. Entonces sucedió lo que se ha visto en circunstancias análogas, que los ricos quisieron estar mejor alojados, mejor vestidos y más regalados. El heredero de Cincinato substituyó la recia túnica de grosera lana con fina tela de Mileto teñida con púrpura de Tiro; y la hija de las robustas amas de casa que trituraban el trigo y amasaban el pan de la familia, adornó su cabeza, su cuello y sus brazos con perlas preciosas (2). Se cambiaron los cascos hechos de adobe ó de travertino en monumentos de mármol en que brillaba todo el lujo de Efeso y Antioquía; sirviéronse en mesas de cedro de la Mauritania el rombo ó rodaballo de Rávena y las ostras de Tarento, los caracoles de Iliria ó de Africa y la murena de Sicilia, el vino de las Cicladas y los cabritos de Ambracia, los faisanes de la Cólquide y el pavo real de Persia, el flamenco de Egipto y la pintada de Numidia, y otras mil cosas tan regaladas como caras, pues se traían de muy lejos, no tan lejos sin embargo como vamos nosotros á surtirnos de ciertos artículos, como por ejemplo, el té de la China, el café de la Arabia, el azúcar de América, el marfil del Africa central,

(2) Véase el traje de Lolía Paulina en Plinio, *Hist. nat.*, IX, 58.

la seda del Japón y los diamantes del Brasil. Plinio se enfada de que se quisiera hacer uso de bebidas frías, comprando á los campesinos de los Abruzos la nieve de sus montañas para poner en el vino. No tenemos el derecho de participar de tan virtuosa indignación nosotros que, sin creernos muy culpables, sacamos nuestro hielo de la Noruega ó del Canadá y lo llevamos hasta á la India.

Hemos visto en capítulo anterior con qué rapidez se habían cubierto de ciudades florecientes las costas del Medi-



Vaso en forma de cabeza de mujer, el cual formaba parte del estuche ó cofrecito de una dama romana.

terráneo, porque los pueblos asentados á orillas del gran lago romano cambiaban de una á otra costa sus productos y encontraban donde quiera mercados ventajosos. Mientras las naves surcaban sin inquietud un mar pacificado, las mercancías llegaban de las regiones más remotas á los puntos de consumo por vías trazadas á través de los continentes; y de estas fáciles relaciones resultaba un bienestar general. De que algunos autores hayan sentido al parecer la sencillez antigua, bien que gozando ampliamente las ventajas de la actual, no hay que maravillarse. La tesis de la austeridad era buena de sostener, sobre todo cuando no obligaba

á nadie y permitía que los filósofos escribieran en tablillas de oro el elogio de la pobreza. Para convencerse de que tan bellas máximas no eran más que galas retóricas en prosa ó en verso, basta ver á Apuleyo mortificar su siglo con la ruda voz de Catón, y á Marcial mismo celebrar las virtudes y honestos placeres campesinos de los antiguos tiempos.

Dejemos, sin vituperarlos por ello, dejemos al epicúreo Salustio, y á Varrón, y á Séneca, y á Plinio el Viejo, escandalizarse de que se recorriera la tierra y el mar para dar placeres de un momento á algunos voluptuosos. Con la seguridad que reinaba en todas partes, la industria y el comercio ponían necesariamente en circulación una multitud de productos, que se podían gozar sin deshonorarse. Muchos hacían buen uso de ellos; otros lo hacían malo, es decir los usaban con exceso, y malrotaban el oro en vanas suntuosidades, como aquel loco que en tiempo de Nerón hubo de gastar en rosas para un festín cuatro millones de sestericios; millones que fueron á manos de los campesinos de Campania cuya industria había sabido criar tan preciosos rosales (1). Por ventura ¿no sería ya Inglaterra la misma Inglaterra, porque el descendiente de aquellos cuya existencia era tan económica y dura, en tiempo de la reina Isabel, atravesase el Océano en una nave de recreo, más cómoda y bella que la mejor de Cleopatra, y se lleve á precio de oro nuestras estatuas y nuestros cuadros, y sin inmutarse

(1) Suetonio, *Nero*, 27. Ya se conocían las rosas biférricas... *biférrica rosaria Pesti* (Virg. *Georg.* IV, 119, y Marcial, *Epigr.* XII, 31). Se traían de Egipto; pero decayó este comercio, cuando se comenzó á cultivar en Italia el rosal en invernáculo (Marcial, *ibid.* VI, 80, y XIII, 127): «La rosa en otro tiempo flor de primavera, hoy flor de invierno.»

pierda en un día, en Derby, 400 ó 500.000 chelines apostando en pro ó en contra de un caballo?

Esta apuesta es un mal empleo del dinero, que pasa de una mano á otra sin prestar, durante el trayecto, ningún servicio á la comunidad; pero este hombre que tiene probablemente los mismos vicios y virtudes que su abuelo, no tiene los mismos hábitos, porque vive en otro medio. La riqueza ha reemplazado para él á la pobreza y cambiado las condiciones de su existencia; no ha degradado necesariamente su naturaleza; y como su país ha ganado en libertades políticas lo que él ha perdido en rudeza de costumbres, Inglaterra se ha agrandado en vez de disminuir. El imperio romano habría tenido la misma fortuna, si hubiera tenido compensaciones análogas.

La antigüedad vió dos veces el fenómeno económico que otras dos veces se ha producido en Europa en los siglos XVI y XIX, cuando se arrojaron de repente á la circulación enormes masas de metales preciosos. Alejandro movilizó los tesoros acumulados en lingotes por los reyes de Caldea, Asiria y Persia: más de dos mil millones de numario. El Asia occidental se inundó de dinero, y su comercio y su industria recibieron un poderoso impulso. Buena parte de estas riquezas vino á poder de los romanos por la conquista de Macedonia, de Pérgamo, de Siria y de Egipto, y se añadió á esto todo lo que los procónsules hallaron á mano en Sicilia, en Cartago, en España, en Galia, y lo que César arrojó á sus legiones, cuando forzó las puertas del *sanctius ararium*. Era el producto del trabajo de diez siglos, que el pillaje del mundo civilizado y bárbaro acumulaba en la capital del universo en manos de las familias que se repartían los mandos.

La época del mayor lujo de Roma es la que media entre Lúculo y Nerón, ó sea desde la conquista del Asia occidental hasta la guerra civil que siguió á la extinción de la casa de los Césares. Entonces se mostraron todas las extravagancias de aquella nobleza que en la embriaguez de su opulencia no supo gobernar ni las provincias, ni su hacienda ni á sí misma. Lúculo y César en tiempo de la república, y Calígula y Nerón en el imperio, representan



Estuche de una dama romana.—Cofrecito de plata encontrado en Roma en 1793 (2)

aquella nueva situación del patriciado, los primeros con los gustos y aficiones de los grandes señores artistas y letrados, los otros dos con la insensatez de los tiranos, que querían que todo se subordinara á sus caprichos (3).

(2) Colec. de Blacas. *Lettera di Visconti intorno ad una antica suppelletile d'argento scoperta in Roma nell'anno 1793*. Roma, 1822, en 4.º

(3) Conocemos la Casa de oro de Nerón; Vitelio la encontró indigna de sí (Dion, LXV, 4). P. Paulino que mandaba á orillas del Riu el 58 llevó una vajilla de plata, que pesaba 12.000 libras (Plinio, *Hist. nat.* XXXIII, 50). En 1868 se encontró en Hildesheim un tesoro compuesto de 60 piezas de argentería, algunas muy bellas.

Los mayores caudales que conocemos de aquel tiempo y de toda la época romana pertenecían al augur Léntulo, en el reinado de Tiberio, y al liberto Palas en el de Claudio: 300.000.000 de sestercios; el capital de Narciso, en tiempo de Nerón, llegaba á cuatrocientos millones. O en moneda corriente unos 80 millones de francos los dos primeros y más de 100.000.000 el tercero. Los bienes del famoso Apicio valían sólo una cuarta parte del capital de Narciso; el de Craso, la mitad (1).

¡Cuántos particulares más ricos no tienen Inglaterra, la Unión americana, Rusia misma! Uno de nuestros banqueros lo era diez veces más. Pero siendo entonces mayor que hoy el poder del dinero, mientras la masa de la población se encontraba más pobre, el alejamiento entre la con-

dición de todos y la de algunos parecía mucho más considerable. De aquí el asombro y el escándalo.

Por lo demás, el alejamiento disminuye rápidamente. Procedente del pillaje, aquella fortuna de azar no podía renovarse á costa de los súbditos, bajo un gobierno que hacía respetar sus bienes, ni á expensas de los extranjeros, porque habiendo sometido Roma republicana todas las naciones ricas, no tuvo ya que combatir más que naciones pobres durante el imperio, y en vez de quitarles su oro, Roma les daba el suyo para el comercio (2) y para las pensiones señaladas á sus jefes.

Habiéndose cerrado las fuentes de donde se sacaban tantas riquezas y abierto ampliamente las hendeduras por donde salían, la fortuna hubo de escaparse poco á poco de



Vasos de plata del tesoro de Hildesheim (según la reproducción conservada en el museo de Cluny)

las manos en que la pusiera la victoria: los unos se arruinaron por el lujo y el libertinaje; los otros por las confiscaciones. Parte del senado había sido ya pensionada por Augusto, y Tiberio, á pesar de su economía, tuvo que venir en ayuda de muchos otros personajes. El nieto de Hortensio, que había obtenido un millón de sestercios del primer emperador, mendigaba aún en tiempo del segundo, que dió 200.000 á cada uno de sus cuatro hijos. Se alarga la mano sin pudor. Verrucoso hubo de suplicar al príncipe que le pagara sus deudas; otros enviaban al senado la lista de sus acreedores interesándolo en sus miserias. Estos rehusaban magistraturas por no poder hacer frente á los gastos que imponían; aquellos se alegraban de que Claudio los expulsara del senado, porque á causa de su pobreza no podían sostener el decoro de su clase.

Augusto y Tiberio habían hecho ya iguales expulsiones; y apenas hay un emperador que no hubiera tenido que suplir total ó parcialmente, en favor de ciertos senadores, el censo de 1.200.000 sestercios necesarios para ingresar en la curia.

Cuando Vespasiano subió al poder, los dos primeros órdenes estaban como aniquilados, y se vió precisado á for-

(1) Aunque renovó un senadoconsulto las penas de la ley Cincia contra los abogados que recibían honorarios de sus clientes (Tácito, *Ann.* XIII, 42), Eprio y Crispo ganaron en el foro, de Calígula á Vespasiano, trescientos millones de sestercios (*id. Orat.* 8); pero había en sus fortunas mucho oro de los proscritos.

mar una nueva nobleza con familias provinciales. Y todavía estas familias no encontraron medio de hacer gran papel en Roma, si hemos de creer á Juvenal, que nos presenta pretores y tribunos, descendientes de ilustres familias, mendigando la *esportula* á la puerta de algún rico liberto, y calculando á fin de año cuánto aumentó aquel mísero salario cotidiano su menguada renta.

Los emperadores mismos, y aludo á los mejores, no siempre estuvieron á cubierto de la penuria. Eran ricos, cuando se administraba el tesoro con severa economía, ó cuando las confiscaciones lo llenaban; pero los que confiscaban eran también los que malrotaban. Calígula y Nerón se vieron en los mayores apuros: bien lo merecían por sus dilapidaciones. Pero Galba fué económico por necesidad, tanto como por carácter, y al advenimiento de Vespasiano no podía ya marchar el gobierno. Nerón atravesó una crisis idéntica, y Marco Aurelio se vió en la necesidad de vender sus joyas, los muebles de palacio y hasta el guardarropas de las emperatrices.

(2) Un día, dice Plinio, envió Nerón con mucho dinero un caballero romano á comprar todo el ámbar que pudiera encontrar en las costas del mar del Norte y del Báltico. Los germanos hacían también con Roma un gran comercio de caballos rubios. La moneda romana circulaba entre los germanos y hasta la Escandinavia. Se ha hecho en Escania un hallazgo de 550 denarios de plata, cuya serie comienza en Nerón y acaba en Sept. Severo (*Revista numismática* Iga, serie V, t. III, pág. 335).

Ocurrió pues un fenómeno, que no se ha observado bastante: de Lúculo á Nerón, el oro de la conquista permanece en algunas manos, lo que permite entonces todas las locuras; después se divide, se subdivide, se dispersa, y como por una pendiente natural, va á parar, según las necesidades del lujo, á los que producen ó trasportan lo que el mismo lujo exige.

«Cuando la comida es fuerte, el testamento es flojo,» dice Franklin. ¿Adónde fueron á parar los millones de Apicio y las fortunas consulares de la primera época? A los que habían ayudado á comérselas, suministrando los objetos del gasto. Octavio compró un mujol por 5.000 sestercios: fué una prodigalidad de que se burló Tiberio; pero el pescador hizo un excelente negocio, que llevó el bienestar á su cabaña, donde hubo ya alegría para un año. Que el pobre diablo explote cierto número de locuras como ésta y acabará por encontrar la fortuna en sus redes, á lo menos la que entonces, como ahora, constituía el bienestar de la pequeña burguesía, 20.000 sestercios, ó cuatro ó cinco mil libras de renta.

No sólo cambia de manos la riqueza repartiéndose en la masa de la población, proporcionalmente al trabajo ó destreza de cada uno, sino que también disminuye de cantidad. La conversión de mucho oro y plata en objetos de arte, de adorno y de ornamentación, restringe otro tanto la cifra del numerario circulante. Sólo para dorar el Capitolio hubo de gastar Domiciano 12.000 talentos. El comercio con el Oriente hacía desaparecer otra parte: cincuenta millones de sestercios tomaban anualmente el camino de la India, y probablemente otros tantos el camino de la Arabia, de donde no volvían (1); en fin, el Océano conservaba lo que los naufragios le habían dado; ni los bárbaros devolvían los sueldos ó presentes que recibían sus jefes (2).

¿Podían reparar las minas todas estas pérdidas? Las de España que eran las más ricas entregaban anualmente veinte mil libras de oro, ó 22.560.000 francos. Las de plata, más numerosas, pero más difíciles de explotar, no debían dar mucho más, porque todo el mineral de plata producido por Europa entera, con procedimientos más perfeccionados, no pasa de catorce millones de francos. Se iba á abandonar el laboreo de las minas de Laurión y se comenzaba á sacar algo de las de Transilvania. España quedaba pues como el gran taller de producción en cuanto á plata (3). Pero los cartagineses y la república romana debieron de agotar muchos filones, porque en tiempo de Polibio trabajaban 40.000 hombres sólo en las minas de Cartagena, que no daban, sin embargo, más que 25.000 denarios al día, ó 2 1/2 sestercios por operario.

Las explotaciones metálicas no producían pues á los romanos mucho más que el equivalente de lo que perdían

(1) Plinio (*Hist. nat.* VI, 26 y 32) dice de los árabes: «Es el pueblo más rico del mundo, porque los tesoros de los romanos y de los partos afluyen á ellos. Venden los productos de sus mares (perlas del golfo Pérsico) y de sus bosques (maderas preciosas, incienso, etc.), y no compran nada.» Habla también de sus minas de oro, sin duda el oro que sacaban de Africa.

(2) Será menester tener en cuenta además el gasto que obligó á Trajano á hacer una refundición de todas las monedas consulares, de lo que ya tratamos en otro lugar. M. de Laveleye calcula esta pérdida en un cuarto ó en un medio por 100 al año, y en 280 millones anuales la transformación de lingotes de oro y plata en objetos de lujo. Estas cifras son exageradas: nosotros creemos que se podrían reducir tres cuartos para la antigüedad.

(3) El oro era proporcionalmente más común en el imperio que la plata, pues la relación entre los dos metales era entonces de 1 á 12, y ha sido mucho tiempo entre nosotros de 1 á 15. La libra romana equivale á 0,32743 kilogr. y el kilogramo de oro vale hoy 3445 frs. Una libra romana de oro valía pues como metal 1127,99.

al año. Con esto, no era abundante el numerario, como lo prueban las cifras del interés ordinario, 6 por 100 en Italia, que tenía más capitales, 12 por 100 y más en las provincias. Por eso, ya en el reinado del segundo emperador se determinó una crisis monetaria, y no conjuró sus desastrosos efectos, sino constituyendo de su bolsillo un fondo de 100 millones de sestercios, que prestaba por tres años sin interés, pero con hipoteca sobre tierras por valor del doble del préstamo. Esta cláusula prueba que la crisis alcanzaba sobre todo á la clase rica; y en efecto había traído la crisis la mala disposición de poner en vigor la ley de César que prohibía tener en numerario más de 60.000 sestercios. Esta ley, que no fué nunca abolida, pues un siglo después, Trajano y Marco Aurelio la aplicaron á los senadores, obligaba á los que no querían estar á discreción de un delator á amortizar en casas ó en tierras la mayor parte de su capital. De aquí resultó que el capital territorial tomó cada vez más importancia, á diferencia de lo que pasa en nuestras sociedades modernas, en que la riqueza mueble é industrial tiende á superar la riqueza territorial. Ahora bien, esta no tarda, en las sociedades donde domina, en hacer de los propietarios del suelo un cuerpo aristocrático, y á esto vendrá á parar el imperio.

En suma, con su capital restringido, su herramienta industrial insuficiente (4) y sus procedimientos de trabajo que arrastraban un enorme gasto de tiempo, de hombres y dinero, el mundo romano era pobre, comparado con nuestras sociedades modernas, y esta pobreza relativa daba proporciones espantosas á excesos aislados. Fuera de esto, como estaba rodeado de una barbarie que casi nada le suministraba, veíase obligado á vivir sobre sí mismo. La riqueza, sin cesar destruída por el uso, no se renovaba incesantemente ni se aumentaba por la producción. Para las ilustres familias, la paz establecida por Augusto había sido menos provechosa que la guerra. En dos ó tres generaciones hubieron de perder en el imperio lo que habían ganado en la república, y como dos fuerzas que se habían gastado una contra otra, el antiguo patriciado desapareció al mismo tiempo que la familia de los Césares.

Sin notar que el oro triunfal había vuelto á los vencidos cuyo comercio y agricultura vivificaba, Tácito vió, á lo menos, el rápido empobrecimiento de la nobleza romana y el cambio que de ello resultó en los hábitos. Hasta da la fecha: la del advenimiento de Vespasiano, es decir del príncipe que había nacido en una condición modesta. «Agotada de sangre y de riqueza, dice, volvió la nobleza á gustos más moderados. Por otra parte, todos aquellos hombres nuevos que llegaron de las ciudades municipales y de las colonias para llenar el senado, trajeron la economía de su vida privada, y aunque muchos de ellos encontraran la

(4) Los antiguos no tenían para la industria más que máquinas elementales: todo se hacía á fuerza de brazos. Fácilmente se apreciará el gasto de fuerza humana que debían hacer teniendo en cuenta que nuestras máquinas de vapor, que tienen hoy una fuerza de 1.500.000 caballos de vapor, representan una fuerza de 4.500.000 caballos de tiro, ó 31.590.000 operarios que pueden trabajar de noche como de día. No está comprendida en estos números la fuerza suministrada por las máquinas hidráulicas. ¡Y cuán grande era la pérdida de fuerza que ocasionaba la viciosa construcción de las máquinas más ordinarias empleadas por los romanos! Según una ley de Constantino, la carga máxima de un carro de cuatro ruedas era de 326 kilogr. para 8 caballos ó sean 43 kilogr. por caballo cuando dos de nuestros caballos de ómnibus arrastran al trote pesos útiles de 500 á 800 kilogr. El peso muerto resultante de la mala construcción del carro debía ser enorme, á que se añadía la dificultad proveniente de la excesiva pendiente de los caminos. Por lo demás, á juzgar por las herraduras halladas en las excavaciones, las bestias de tiro debían ser pequeñas y flojas (Leger, *Travaux publics des Romains*, p. 173).

opulencia en su vejez, conservaron sus antiguos hábitos. Pero el principal autor de la revolución fué Vespasiano que en su mesa y en su porte recordaba la sencillez antigua. Todos quisieron imitarlo, y el deseo de agradar, pareciéndose al príncipe, hizo más que las leyes, el temor y los castigos (1).»

Los sucesores de Vespasiano siguieron su ejemplo: Ner-va, Trajano mismo, á pesar de ciertos dejos de soldado que conservó bajo la púrpura, Adriano, los dos Antoninos, administraron con severidad las rentas del Estado, y no tuvieron más que el lujo de las construcciones monumentales, que son la gloria de un reinado cuando el arte las levanta ó la utilidad pública las reclama. Todos los provinciales establecidos en los cargos públicos y que formaban ahora la alta sociedad romana arreglaron sin dificultad sus costumbres por las de la nueva corte.

Hay que distinguir con Tácito dos épocas, cuando se trata de las costumbres del imperio en los primeros siglos: la que termina en la muerte de Vitelio y la que media entre Vespasiano y Cómodo.

La primera es el tiempo de las grandes locuras. Entonces hay hombres, como los hay siempre, ansiosos de asombrar al mundo con su escandaloso lujo y de adquirir renombre, á falta de talento ó de valor, con una concubina á la moda, con caballos de pura raza, con una mesa digna de la sala de Apolo, donde Lúculo gastaba 200.000 sester-tercios en cada una de las cenas que daba. Con los buenos príncipes la ociosidad, y con los malos el temor precipita-ban á los hijos de las ilustres y nobles razas á estos de-plorables excesos. Se sustraían al tedio de la vida ó al miedo con los vanos ruidos de una existencia que parecía llena porque estaba agitada. El reinado de Nerón marca el punto más bajo á que hubiera descendido la moralidad pagana y al mismo tiempo el punto más alto á que hubie-ra subido el lujo de los grandes.

Pero así como, por lo que toca á la política, pusieron los historiadores todo el imperio en Roma, no mostrando nunca más que lo que pasaba en el palacio ó en la curia, así por lo que hace á las costumbres, pusieron á Roma en todo el imperio y ni aun á Roma entera, sino los hábitos de sus libertinos y mentecatos. Veíanse ciertamente, no ya sólo en la Vía sacra y en el pórtico de Quirino, sino tam-bién en otras partes, gentes que fatigaban su fortuna, hom-bres en busca á todas horas de nuevos placeres, mujeres tan preocupadas, como nuestros petimetres ó lechuguinos, de los minuciosos detalles del tocador y de las exigencias de la moda; pero eran la minoría, puesto que causaban es-cándalo, y vivían en las capitales, en las ciudades de aguas y al rededor de aquel golfo de Nápoles que vió tantas lo-curas como ciertos sitios de nuestra costa normanda.

En cuanto á la masa de la población, había recogido las migajas caídas de aquellas tan bien servidas mesas y había ganado, en satisfacer su lujo, algún desahogo ó bien-estar, no bastante sin embargo, para no conservar gustos modestos á medida de su fortuna.

Un pequeño número de hechos y de cifras concer-nientes á la mesa, el traje y la habitación servirán de prue-ba á estas observaciones generales.

II.—LA MESA, EL TRAJE, LA HABITACIÓN.

«El lujo de la mesa, dice Tácito, se sostuvo con abinco durante un siglo, desde la batalla de Accio hasta la guerra que puso á Galba en posesión del imperio.» Había empe-

(1) Tácito, *Ann.* III, 55.

zado antes, porque las celebridades en este género, Lúculo, Hortensio, Filipo, y las singularidades culinarias son con mucho anteriores á Augusto. En la ley suntuaria de Sila, encontraba Macrobio manjares enumerados como muy usuales entonces y que en su tiempo no se conocían. «¡Qué lista, dioses mayores! Viendo tantas especies de pescados y de guisos, desconocidos hoy, no puedo menos de creer que el desbordamiento de las costumbres era extremo en aquel siglo.» La glotonería romana había disminuído como el lujo. Varrón antes de Accio y Plinio en tiempo de Nerón prueban que los últimos republicanos y los primeros sena-dores del imperio podían rivalizar en sensualidad gastro-nómica. Entonces había nuevos alimentos ó nuevas mane-ras de preparar los antiguos. Se practicaba ya entonces lo que nosotros creemos haber inventado: la piscicultura (2), la aclimatación, la trasplantación de árboles viejos y aun de viejas cepas (3). Había invernáculos para las flores, para las frutas, para las uvas y «el estéril invierno tenía que dar los productos del otoño (4).»

Se naturalizaban en el litoral del Lacio y de la Campania peces de la costa de Asia y una multitud de mariscos co-mestibles; se abrían viveros para conservar las mejores es-pecies y no exponerse al riesgo de quedarse sin pescado un día de borrasca.

Estas construcciones tomaron tales dimensiones que los herederos de Lúculo sacaron cuarenta millones de sester-cios de lo que encontraban en sus viveros; cantidad que parecería fabulosa, si un contemporáneo, Varrón, no ates-tiguara que Hirrio con los suyos se hacía una renta anual de doce millones de sesteracios, y que dió de una sola vez á César hasta seis mil murenas.

La gastronomía romana, docta y delicada, rechazaba los alimentos vulgares, el carnero, la vaca, etc. (5). Quería manjares más ligeros, y á pesar de los edictos de los cen-sores, la industria de las pajareras y de las almadrabas vino á ser tan lucrativa como la de los estanques ó viveros. Allí se criaban toda clase de aves y animales y moluscos que ya no comemos, como el lirón, el pavo real, la grulla, el flamenco, etc. Una matrona de familia consular vendía anualmente cinco mil tordos cebados á tres denarios la pieza, y aun antes del primer triunvirato la cría de los pa-vones reportaba á Aufidio Lurco sesenta mil sesteracios anuales. Los romanos sabían también cegar las ocas ó án-sares haciéndoles criar un hígado enorme: un cónsul y un quirite se disputaban el honor de esta invención (6).

El patriado encontraba en esto un placer y un prove-cho. Como nuestra nobleza, después de haber perdido el poder, se dió á mejorar la agricultura, muchos gobernado-res romanos traían plantas exóticas de sus provincias asiá-ticas ó africanas y las hacían cultivar en sus dominios por mano de esclavos ó libertos traídos de aquellas regiones. Desde Lúculo, que cuarenta años antes de Accio, había puesto en su parte de botín sobre Mitridates el cerezo del Ponto, hasta el viajero desconocido que en tiempo de Pli-

(2) Plinio refiere que un prefecto de la flota, liberto de Claudio, Optato, había sembrado el escaro en las costas del Lacio. En el lago Lucrino, en Burdeos, etc., había criaderos de ostras (Marquardt, t. V, 2, 53, núm. 477).

(3) Séneca, *Epist.* 86.

(4) Marcial, *Epig.* VIII, 68.

(5) Los habitantes de Roma, como los de París, comían mucha ternera asada (Cicerón, *ad Fam.* IX, 20); y en lugar de carneros una enorme cantidad de corderos.

(6) Plinio, *Hist. nat.* X, 21. Un pavo real no se compraba por menos de 50 denarios, más caro que una buena oveja (Varrón, *de Re rustica*, III, 6). Hortensio fué el primero que sirvió pavos reales en un festín de augures.

nio introdujo en tierra de Nápoles el melón, originario de las riberas del Oxo, no se cesó ya de importar en Italia plantío exótico que luego se procuraba mejorar.

El padre del emperador Vitelio, que gobernaba la Siria en tiempo de Tiberio, procuró aclimatar en su ciudad de Alba la mayor parte de los árboles frutales de aquella pro-vincia. Italia pues vino á ser el jardín de aclimatación del antiguo mundo, y de allí se propagaron en el Occidente las flores más bellas y las más sabrosas frutas, pudiendo hoy gozarlas sin ningún remordimiento los que maldicen con tanta elocuencia el lujo de Roma.

Cuando se habla del lujo de la mesa romana no es po-sible olvidar á dos hombres que señalan su punto culmi-nante: Apicio, con cierto arte, y Vitelio con brutalidad. Hubo muchos Apicios, pero el más célebre de ellos fué contemporáneo de Augusto y Tiberio. Inventó muchos manjares, escribió acaso un arte de cocina y fué tenido por el mayor gastrónomo de la tierra. Con esto, tuvo por última gloria servir de ejemplo y modelo al imperial loco Heliogábalo. Poseía cien millones de sesteracios y se suicidó cuando no le quedaban ya más que diez, pensando sin duda, como nuestro cardenal de Rohan, que un hombre de-cente no podía vivir con menos de 500.000 libras de renta.

Muchos modernos han tenido extravagancias igualmente fastuosas sin haber alcanzado la misma fama; y es que son tantos los que dan suntuosos festines que no admiran á nadie, mientras Apicio maravillaba á unos y escandalizaba á otros.

En cuanto á Vitelio, fué dignísimo emperador de aque-llos romanos que hacían un dios de su vientre y habían encontrado el medio de comer á todas horas practicando un uso inmundo (1). Sin embargo, parece haber hecho menos esfuerzos de imaginación de lo que se supone, quan-do inventó su famoso escudo de Minerva, que contenía todas las rarezas comestibles, si se juzga por la mesa de Tri-malción, ó por el festín que siglo y medio antes se dieron los pontífices y las vestales de la república. El pontífice máximo, Metelo, hubo de conservar religiosamente la lista de aquella famosa comida, porque los festines sa-cerdotales eran célebres en Roma, como lo han sido en todas partes, por lo exquisito y regalado de sus man-jares.

«He aquí, dice Macrobio, en qué consistió el festín el día en que Léntulo celebró su nombramiento de flamín de Marte:

»Primer servicio: equinos ó erizos de mar, ostras crudas, *pelurdas*, espóndiles (mariscos), zorzaes ó tordos bien ce-bados, gallina en pastel de ostras y otros mariscos, glandes ó bellotas negras y blancas (mariscos), glicomérides (espe-cie de ostra), ortigas de mar ó acalefos, espárragos, papafi-gos, riñones de corzo y de jabalí, volátiles cebados con polvo de flor de harina, múrices y púrpuras (caracoles de mar).

»Segundo servicio: ubre de puerca, cabeza de jabalí, pasteles de pescado y de ubre de puerca, patos, cercetas hervidas, liebres, volátiles asados, harinas (sin duda gachas ó cremas), pan del Piceno (2).»

La lista es larga, y el Vatel de Léntulo hacía bien las cosas; pero en verdad, Careme, á quien el czar Alejandro daba un sueldo de mariscal de Francia, 30.000 francos anuales, como cocinero mayor, y Chevet, el ordenador ó director de tantos banquetes oficiales, eran mejores artis-tas. No por eso dejamos de poner la glotonería romana por

(1) *Vomunt ut edant, edunt ut vomant* (Séneca, *ad Helviam*, 10).

(2) Macrobio, *Saturn.* III, XIII, 12.

encima de la nuestra, en lo cual hacemos ciertamente agra-vio á ésta.

No es posible hablar de la mesa de Roma sin hacer men-ción de un personaje que ha permanecido enteramente ro-mano, porque no se le encuentra en ninguna otra sociedad haciendo un papel tan bien desempeñado: el parásito.

En los países que contornean bajo un dulce clima las orillas del Mediterráneo, el trabajo es una enojosa fatiga, por lo cual se trabaja lo menos posible, y sin embargo, se goza lo más que se puede. El placer cuesta caro, ¿cómo pues ganar con qué comprarlo? ¿Con la industria, con el negocio? Sin duda, pero eso es bueno para el común de los hombres: á los hábiles les parece mucho más agradable buscar fortuna con el ingenio que con los brazos, sobre todo, si no hay escrúpulo en arriesgarse á malas vías, don-de la delación, el servilismo, la usura, la caza de testamen-tos prometen buenos productos. La única industria de cier-to número de personas y aun personajes es vivir á costa de los demás. Se explotan la vanidad, las ridiculeces, los vi-cios, y cuando no se puede, como el delator ó el usurero, agarrar la fortuna, se ayuda, como el parásito, á comérsela.

El parásito es primero cliente: es la pasantía, el ensayo para subir más arriba. «¡Ea, Querestrato; ya es de día, le-vántate pronto!» Al amanecer ya está en pie derecho; sale precipitadamente con la toga al hombro y acaba de vestir se en la calle. ¿Dónde va tan de prisa? ¿Al trabajo? ¡Ah! no. Un verdadero ciudadano no tiene ocupaciones serviles. Corre á asistir á Trimalción cuando se levante. Es un clien-te asiduo y quiere hacerse notable por su celo y solicitud, pues no tiene otra cosa de qué vivir. Desde por la mañana hasta la noche va detrás de su patrono sin dejarlo á sol ni á sombra.

Pero ¿cómo! ¿Querestrato escolta y asiste á un liberto! No hay que maravillarse: á su lado y con el mismo título hay hijos de patricios. Al medio día se le paga su diario; y se lleva su canasta de mimbre llena de restos de la mesa. Ennio lo ha dicho y Juvenal lo repite: *Oportet habere*, es preciso tener. Mas ¿por qué medios? Poco importa eso: el dinero es siempre bueno, de donde quiera que venga. De un emperador son estas palabras.

Si Querestrato tiene buen humor y la cabeza un tanto dura, saldrá del vulgo y hará camino. En lugar de quedar-se en la puerta reducido á olfatear el buen olor de los man-jares, como Júpiter vive del humo de los sacrificios, se in-troducirá en el festín y vendrá á ser el comensal de su amo; y helo ya parásito. Es un buen oficio, aunque tam-bién tiene sus quiebras; pero ¿qué oficio no tiene dificulta-des y contras? Algunos ricos quieren tener á mano un sú-frelo todo, una paciente víctima de sus genialidades. Bien están allí sus esclavos; pero ¿qué nuevo placer ofrece arro-jar un plato á la cabeza de un esclavo? Esto se hace todos los días, y nadie ríe ni celebra la gracia. Un hombre libre, un ciudadano de vieja raza abofeteado por un liberto de ayer, es otra cosa de más sabor y gusto.

En las varias categorías de parásitos, llámase éste el *pla-gipatida* ó *duricapiton*. Y en efecto, recibir golpes es su es-pecialidad; y como el bueno del hombre conoce muy bien los deberes de su oficio, lo sufre todo sin quejarse. Sus es-paldas y su cabeza pagan por su estómago, y sin embargo, suele ser bastante escasa su comida, escasa y mala.

«¿Qué coméis? dice Juvenal á los parásitos. Un esclavo insolente os arroja un mendrugo de pan florecido y os da á beber un vino que ni serviría para desengrasar la lana. Traen al anfitrión un pescado que llena por sí solo toda una fuente, y á vosotros os dan en un cascado plato un marisco revuelto con medio huevo, ofrenda usual de los